

RAÚL DE TOMÁS
ÁNGEL TORRES

MAGIC



BOOK

ILUSTRACIONES DE
ANA VÁZQUEZ

RAÚL DE TOMÁS
ÁNGEL TORRES

MAGIC BOOK

ILUSTRACIONES DE
ANA VÁZQUEZ


LUNWERG
EDITORES

*A Carmen y Sofía, que creen ciegamente
en cada paso que doy.*

Raúl de Tomás

*A Silvia, Samuel y Noa,
mi inspiración, mi magia.*

Ángel Torres

© de los textos y efectos mágicos, Raúl de Tomás y Ángel Torres, 2020

© de las ilustraciones, Ana Vázquez, 2020

© de la imágenes de las págs. 90 a 101 (de arriba abajo y de izq. a dcha.): Album/Universal Images Group/Universal History Archive/UIG; Album/Rue des Archives/Bridgeman Images/PVDE; Album/Universal Images Group/Universal History Archive/UIG; Digital/Color Album/Granger, NYC; Album/Rue des Archives/Bridgeman/Images/PVDE; Album/Rue des Archives/Bridgeman/Images/PVDE; Digital/Color Album/Fine Art Images; Album/Universal Images Group/Universal History Archive/UIG; Album/Rue des Archives/Bridgeman Images/PVDE

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

Calle Josefa Valcárcel, 42 – 28027 Madrid

lunwerg@lunwerg.com

www.lunwerg.com

www.facebook.com/lunwerg

[http://twitter.com/Lunwergfoto](https://twitter.com/Lunwergfoto)

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-17858-57-5

Depósito legal: B. 24.328-2019

Imprime: Talleres Gráficos Soler

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

SUMARIO

PRÓLOGO
¿CÓMO ME LLAMO? 6

CAPÍTULO UNO
PRODIGIOS 11

CAPÍTULO DOS
EL ENCUENTRO 29

CAPÍTULO TRES
LA PRUEBA DE MÉRITO 44

CAPÍTULO CUATRO
LA LLAMADA 59

CAPÍTULO CINCO
LOS NUEVE MAGOS 74

CAPÍTULO SEIS
SECRETOS 102

CAPÍTULO SIETE
CONSECUENCIAS 118

CAPÍTULO OCHO
ME SÉ UN TRUCO 132

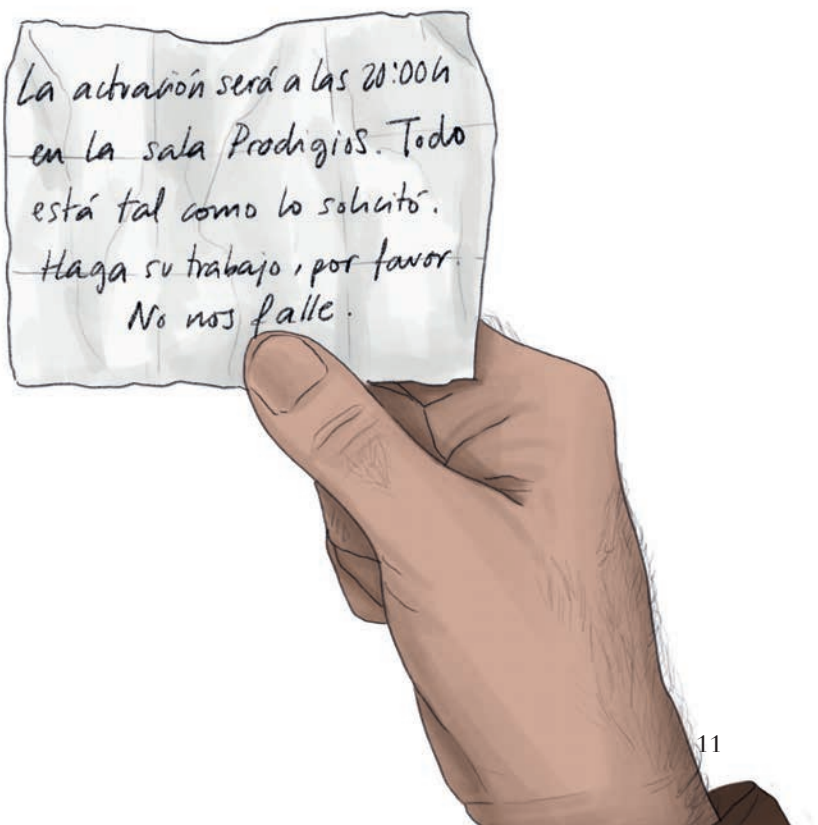
CAPÍTULO NUEVE
PRUEBA DE FE 144

EPÍLOGO
NÚMERO FINAL 159

CAPÍTULO UNO

PRODIGIOS

El detective se detuvo frente al cartel luminoso, extrajo del bolsillo el papelito y lo desdobló. Comprobó de reojo el nombre del local para compararlo con lo escrito en aquella nota. Héctor Kellar se tuvo que apartar a un lado para dejar pasar a un grupo de personas que, entre risas y gritos, se disponían a entrar. Héctor Kellar se ajustó el sombrero fedora de color negro y leyó:



La atracción será a las 20:00h
en la sala Prodigios. Todo
está tal como lo solicito.
Haga su trabajo, por favor.
No nos falle.

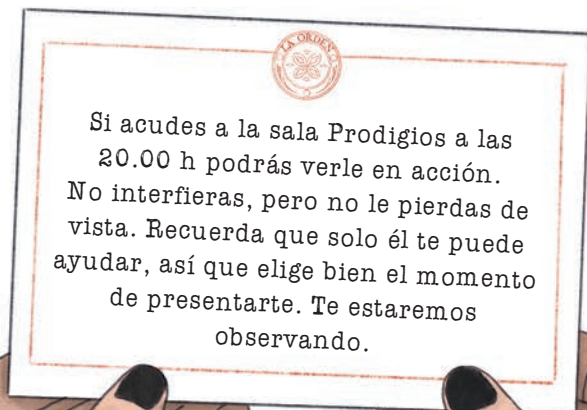
Bajo el luminoso de la famosa sala de magia Prodigios, Kellar resopló algo hastiado:

—Odio la magia, odio a los magos y odio que me tomen el pelo, espero que esto merezca la pena.

El detective negó con la cabeza y pasó al interior tras mostrar su entrada al portero.

* * *

Alisa seguía escondida en un portal. Desde allí podía ver perfectamente la puerta principal de la sala de magia sin que nadie se percatara de su presencia. La adolescente observó al hombre del sombrero entrar en la sala; esa era la señal que esperaba. Sacó de su bolsillo la tarjeta de La Orden y la leyó de nuevo:



Notó que le sudaban las manos. Quería hacerlo bien, ganarse su confianza y, sobre todo, ser digna de La Orden. Pero sabía que no sería nada fácil. La chica miró hacia el techo de piedra del portal como buscando una ayuda invisible o a un ente superior y se dirigió a él:

—Ey, Sherlock, ¿preparado? Te has fijado en que me sudan las manos, ¿eh? Bueno, estoy un poco nerviosa, es normal, pero me gusta saber que estás ahí. ¡Venga, vamos!

Cuando dio la hora en punto, Alisa esperó a que entraran los rezagados que apuraban sus cigarrillos en el exterior. El portero se disponía a cerrar la puerta de acceso cuando la joven emergió del portal, veloz, levantando la mano y agitando su entrada para llamar la atención. Con un gesto afirmativo, el portero dejó que Alisa accediera a la sala Prodigios.

* * *

El mago inclinó la cabeza y recibió el fuerte aplauso con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba muy satisfecho de sus mágicas proezas. Fue entonces cuando se percató del comportamiento del caballero del sombrero. Estaba en una de las mesas de la primera fila y era imposible ignorarlo. No solo no aplaudía como el resto de la sala, sino que además negaba con la cabeza en un ademán de absoluta desaprobación. Su descontento era demasiado exagerado, o así le pareció al mago, que no dejaba de observarle. La ovación se hacía larga e intensa, y parecía lógico: el ilusionista acababa de separar por la cintura el cuerpo de su ayudante, metida en una caja, y lo había vuelto a unir como si nada. Era magia, y todo el mundo en la sala disfrutaba del prodigio, excepto aquel caballero. El mago le clavó la mirada casi intentando desafiarle; al punto, el impertinente individuo también empezó a abuchear. El mago pensó que todo el mundo tiene derecho a protestar si una actuación no le gusta, pero la actitud crítica y destructiva del caballero durante toda la función le había dejado claro que tenía otro oscuro propósito.

La reacción del mago no se hizo esperar. Delicadamente, extendió sus brazos y pidió a la audiencia que cesara el aplauso. El público enmudeció. Entonces se dirigió a ellos con una clara pero tensa sonrisa en el rostro.

—Queridos amigos, tenemos entre nosotros a un incrédulo —dijo el mago señalando con una de sus manos abiertas al hombre del sombrero.

Héctor Kellar se levantó y se giró hacia la audiencia de forma complaciente. Parecía disfrutar con su papel de persona *non grata*. Se destocó levemente para saludar. Parte del público rompió a reír, mientras que otra sección emitió un leve abucheo.

—No, por favor, no le abucheen, el señor tiene todo el derecho a que no le guste lo que ve. ¿No es así? —preguntó el mago con la sonrisa más cínica de la que fue capaz.

Kellar por su parte asintió, aprobando la afirmación del mago. Para Kellar todo iba sobre ruedas.

—Mi obligación como mago, señores míos, no es intentar convencer al escéptico pero sí complacer con mi espectáculo a la mayoría de mi público. Así que invito al caballero del precioso sombrero a que suba al escenario conmigo y me acompañe en este último número. Démosle un fuerte y caluroso aplauso.

Kellar no se hizo de rogar, subió de un brinco el escalón del escenario y se situó al lado del ilusionista y de su ayudante. Ella era muy guapa, no muy alta, con el pelo rubio brillante y la cara pequeña y redonda. De hecho, todo en ella era pequeño, algo que parecía ser una regla en la magia: las ayudantes tenían que ser menudas para caber en todos aquellos artilugios y cajas. En cuanto Kellar se puso a su lado, ella lo miró fijamente, pero en su rostro no había amabilidad ni bienvenida, muy al contrario: compartía la tensa actitud mostrada por su pareja artística. El detective se confesó en silencio que aquello empezaba a divertirlo.

—¿Cuál es su nombre, señor? —preguntó el mago.

—¿Y el suyo, señor mago? —contestó Kellar en su línea de imper tinencia. De nuevo se escuchó algún que otro abucheo del respetable.



—¿Perdón...? Todo el mundo sabe que soy el Gran Marlowe —respondió el mago algo confundido.

—Pues de igual manera que todo el mundo sabe que ese no es su nombre real, puede dirigirse a mí como el señor del sombrero —dijo Kellar mientras se ajustaba más todavía el fedora sobre la frente.

—De acuerdo, señor del sombrero... ¿Cree que podría hacerle cambiar de actitud si ejecutara nuestro famoso gran último número con usted aquí en escena vigilándonos de cerca?

—Dudo que mi actitud cambie por nada que haga usted, pero al menos se ganará mi respeto —apostilló Kellar.

El mago suspiró y se remangó la chaqueta. Todo el mundo conocía el célebre número de mentalismo que había encumbrado al Gran Marlowe. Era capaz de algo imposible. La verdadera protagonista de la hazaña era su rubia ayudante o así lo parecía, ya que ella era quien realizaba el milagro, y digo milagro porque lo hacía privada de la vista. Se le fijaban unas monedas sobre los ojos con fuertes tiras adhesivas y todo esto se tapaba con una venda negra opaca atada firme y concienzudamente alrededor de la cabeza. En estas condiciones de absoluta ceguera de la ayudante, a la que el mago se refería en este número como la Gran Médium Madame Fray, se realizaba la proeza. El Gran Marlowe procedía a recoger cantidad de objetos personales del público, sobre todo carteras, collares, anillos, tarjetas de crédito... Era entonces cuando se producía la magia.

Kellar había colocado las monedas sobre los ojos, así como pegado las cintas y vendado con firmeza la cabeza de Madame Fray. Ella había dejado escapar algún que otro suspiro reprobatorio ante la fuerza ejercida por el señor del sombrero, sobre todo a la hora de colocarle el vendaje. Dicha acción había levantado cierto revuelo entre el público.

—Como pueden ver, el señor del sombrero se está asegurando de que mi querida Madame Fray no pueda ver nada en absoluto... ¡Fantástico! —exclamó el mago.

Madame Fray fue colocada de espaldas al público y, a continuación, Marlowe bajó del escenario y, moviéndose entre las mesas, fue

recogiendo todo tipo de objetos personales de la audiencia. Satisfecho con la recolección, Marlowe volvió a la escena por el lado opuesto a la médium, donde Kellar lo detuvo en seco para inspeccionar la amplia bandeja donde el mago había ido depositando las prendas.

—Solo me aseguro de que no haya ningún dispositivo electrónico que pueda avisar a su amiguita de lo que contiene —dijo Kellar.

—¡Hace usted muy bien! ¡Es usted genial! ¡No había tenido nunca un ayudante tan minucioso! —remató el mago. El público estalló en una carcajada. Kellar notó cómo se le sonrojaban levemente las mejillas.

Y entonces comenzó la magia... Marlowe, desde el lado opuesto del escenario a Madame Fray, comenzó a levantar con la mano objetos aleatorios de la bandeja, e inmediatamente y de forma inexplicable Madame Fray no solo decía en voz alta de qué objeto se trataba, sino que además indicaba tamaño, forma y color. El público no tardaba en celebrar cada acierto con una gran ovación. Kellar asistía perplejo al prodigio. Incluso se vio tentado de aplaudir alguna vez, acto que reprimió de inmediato; a él no le gustaba la magia y mucho menos que le tomaran el pelo. Y aunque aquello parecía tan real como mágico, sabía que de alguna manera le estaban engañando. Esa era precisamente una de las razones que lo habían llevado a ser detective: no le gustaba nada que lo engañaran. Además, debía recordar que le pagaban por estar allí y resolver el caso, no por disfrutar del espectáculo. Lo que sí hizo, con la intención clara de desbaratar el número, fue acercarse un par de veces a la ayudante para comprobar que no tenía ningún pinganillo en el oído, ni nada parecido, que pudiera chivarle los objetos.

—Si esto les ha causado estupor y asombro, no se pierdan lo que está a punto de suceder... Les recuerdo que cuando yo he recogido los objetos, Madame Fray ya estaba con los ojos vendados, por lo que después de demostrarles que puede ver con el poder de su mente... ¡Madame Fray, aun estando a ciegas, será ahora capaz de identificar al dueño de cada objeto solo con tocarlos! —dijo el mago con todo el entusiasmo que le fue posible.

Aplausos y más aplausos llenaban la sala, así como algún que otro grito de satisfacción y de ánimo dirigido a la protagonista. Kellar, que sabía que se acercaba el momento y no quería sentirse excluido de lo que se estaba escenificando, interrumpió de nuevo al mago.

—¿Y por qué necesita tocar los objetos? Si hasta ahora los ha adivinado a distancia, ¿por qué necesita tocarlos para saber a quién pertenecen? ¿No lo puede adivinar con su... ojo mental? —inquirió Kellar.

—¿Ojo mental? ¿Ha dicho ojo mental, en serio? —replicó el mago.

Las carcajadas estallaron por doquier. Había que reconocer que el mago sabía jugar bien sus cartas, nunca mejor dicho, y que, además, dominaba la situación debido a su experiencia. Kellar, entre su comportamiento y su ahora poco acertada expresión, se había puesto a tiro para ser el objeto de mofa, ocasión que el mago no desaprovechó para seguir dando su *show* perfecto.

—Le entiendo, señor del sombrero. Y en parte lleva usted razón. Madame Fray, con su «ojo mental», puede ver en la ceguera, lo ha demostrado hace un instante. Pero no puede sentir, y para sentir necesita tocar. Es ahí, en el tacto, donde detecta milagrosamente quién está detrás de algo tan personal como nuestros objetos cotidianos. ¿Tiene sentido, señores míos?

—Todo el sentido que puede tener un sinsentido como este —masculló Kellar sin que nadie pudiera oírle debido a los continuos aplausos solicitados por el mago.

Aun así, Kellar se mostró colaborativo y le sujetó a Marlowe la bandeja mientras este preparaba a su ayudante. Delante de la supuesta médium, el mago colocó una mesa alta con una caja encima. Esta caja tenía dos aberturas circulares en un lateral para que ella introdujera las manos. De esa manera podía tocar en secreto cada objeto que era depositado dentro por una tercera abertura superior. El público no podía ver nada de lo que sucedía dentro de la caja. Marlowe le arrebató la bandeja al señor del sombrero y se acercó hasta Madame Fray. El primer objeto que levantó fue un hermoso collar de deslumbrantes

joyas. Una hilera de rubíes y diamantes centelleaba a la luz de los focos. Parecía muy caro y, según sabía Kellar, lo era. Una adinerada espectadora de la alta sociedad había asistido hoy a la función con ese collar. Y no era la única, en las actuaciones del Gran Marlowe siempre había grandes personalidades de la vida pública, social y empresarial. Otra de las claves del éxito del inteligente mago.

Marlowe deslizó el collar por la abertura superior de la caja. Madame Fray introdujo las manos por los orificios laterales. No habían pasado ni un par de segundos cuando Madame Fray reaccionó.

—¡Este collar pertenece a la ilustre señorita de la primera mesa a la izquierda en la primera fila!! ¡¿No es así?! —dijo la ayudante sacando la joya de la caja y aireándola en alto.

De forma impulsiva, la mencionada señorita se puso de pie como un resorte y empezó a dar botes y palmaditas, como si le acabara de tocar la lotería. El resto de la sala reía y también lo celebraba. Marlowe se acercó y le devolvió su pertenencia.

Todos los objetos eran introducidos en la caja y sacados de nuevo por la rubia adivinadora para ser adjudicados con sorprendente acierto a su respectivo dueño. Cuando el milagroso reparto llegó a su fin, la gente aclamaba en pie la actuación. El mago calmó a la audiencia para intervenir.

—Mi querido señor del sombrero, ¿hemos cumplido sus expectativas? —preguntó el mago.

—Me temo que aún no. Su querida médium ha fascinado a todo el mundo menos a mí. ¿Por qué a mí no me ha adivinado nada? Quién me dice a mí que no conoce previamente a toda esta gente —contestó Kellar, sabedor de la incoherencia de su argumento pero seguro de su propósito.

—¡Ja, ja, ja! ¡Pues caro me saldría el *show* con toda esta gente maravillosa en nómina, ¿no cree?! —bromeó el mago.

—Haga que me adivine algo a mí y me iré por donde he venido —insistió Kellar.

—De acuerdo. Aunque este juego está fuera de programa, gracias a nuestro escéptico invitado les vamos a regalar a todos ustedes un último milagro mágico —apuntó Marlowe con cierto nerviosismo. La incredulidad del señor del sombrero parecía no tener fin, ya era demasiado impertinente, así que el mago, en un alarde de paciencia, pensó en impresionarle con un último y divertido juego.

—Pero en esta ocasión vamos a complicarlo todo un poco más. ¿Y si fuera un espectador elegido de forma casual quien, gracias a la magia de Madame Fray, le adivinara al señor del sombrero, por ejemplo, una carta al azar? —preguntó el mago. El público aplaudió con fuerza. El mago extrajo de su chaqueta una baraja de cartas francesa. Se la tendió a Kellar, que la revisó y comprobó que todo estaba en orden. El mago le hizo escoger una carta con libertad y le pidió que nadie más la viera. También le instó que la memorizara y que la guardase. Kellar así lo hizo y la ocultó en el bolsillo superior de su americana gris. A continuación, Marlowe cogió una pelota de goma y la lanzó al fondo de la sala. Los focos no le dejaban ver cuál había sido su elección azarosa.

—No distingo desde aquí si alguien ha cogido la pelotita..., ¿es así? —preguntó el mago.

Desde la oscuridad, una voz femenina y muy joven confirmó:

—La tengo yo.

—Bien, ¿cómo te llamas?

—Alisa Luna.

Kellar notó que Marlowe miraba sutilmente a Madame Fray, quien asintió, como si la elección fuera la correcta.

—Muy bien, Alisa, tienes un nombre precioso. ¿Sabrías decirme qué carta ha cogido el señor del sombrero?

—Pues no tengo ni idea. Puede haber sido cualquiera —contestó la joven.

—¡Exacto! Pero ¿y si nuestra querida Madame Fray te diera el poder de la adivinación? ¡Ven al escenario con nosotros, por favor! ¡Démosle un fuerte aplauso a Alisa! —exclamó Marlowe.

Alisa resopló. Su plan de pasar desapercibida acababa de irse al traste. No solo la estaba mirando la sala entera, sino que en el escenario le esperaba Héctor Kellar, quien, aunque desconociera sus propósitos, sin ninguna duda la iba a conocer antes de lo que ella hubiera deseado.

—Señor del sombrero, le presento a Alisa —dijo el mago.

Kellar estiró la mano para estrechar la de Alisa, mientras que ella se inclinaba hacia delante, ya que esperaba recibir dos besos. Aquel distanciamiento era propio de alguien tan áspero y frío como él. Alisa reaccionó y le dio la mano entre abucheos del público, que se percató enseguida del desplante del caballero.

—Por supuesto que es imposible que Alisa sepa qué carta tiene el señor del sombrero en su bolsillo, pero con ayuda de la magia de Madame Fray intentaremos que la adivine —aclaró Marlowe.

La supuesta médium se había despojado de su ceguera artificial y se había presentado a Alisa con dos cariñosos besos. Tras el saludo, colocó de forma teatral las dos manos sobre la cabeza de Alisa, como imponiéndole la energía necesaria para el prodigio.

—Yo te concedo mi poder, ahora verás lo que los demás ignoran. —La voz fina y quebradiza de la ayudante sonó grave y poderosa de pronto. Tras pronunciar la frase, echó la cabeza hacia atrás de golpe y la sala enmudeció.

—Ahora, Alisa, ya tienes el poder. Concéntrate y dinos qué carta tiene nuestro incrédulo en su bolsillo —intervino rápido el mago.

Alisa sabía cómo actuar. En el gremio de la magia todos se conocen. Ella hacía tiempo que estaba al tanto de la magia de Marlowe y Madame Fray, cuyos nombres reales eran Ramón y Rosa. Rosa y ella eran, de hecho, buenas amigas. En un mundo de hombres como es el de la magia, las mujeres siempre habían tenido un papel secundario, el de la ayudante del mago. Sin embargo, ahora todas ellas se estaban aliando para intentar cambiar ese cliché. El claro ejemplo de ello era Alisa. Ella se presentaba en todos sus *shows* como Alisa la Maga. No tenía ayudante, pero de necesitarlo siempre pensó en



un hombre, no por nada, sino por mostrar la igualdad de roles en la magia como algo normal.

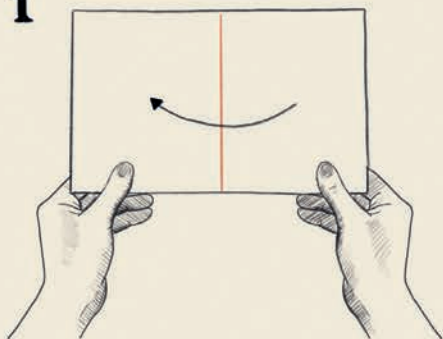
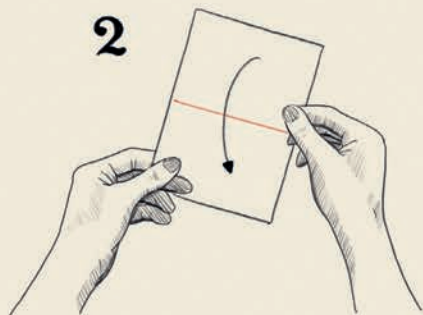
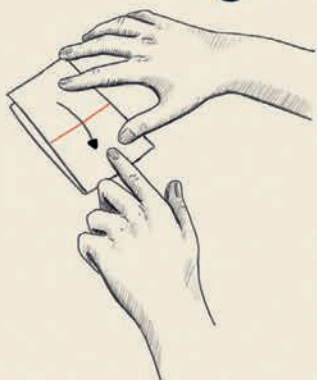
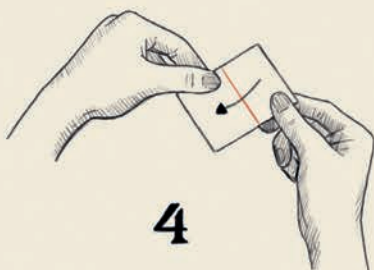
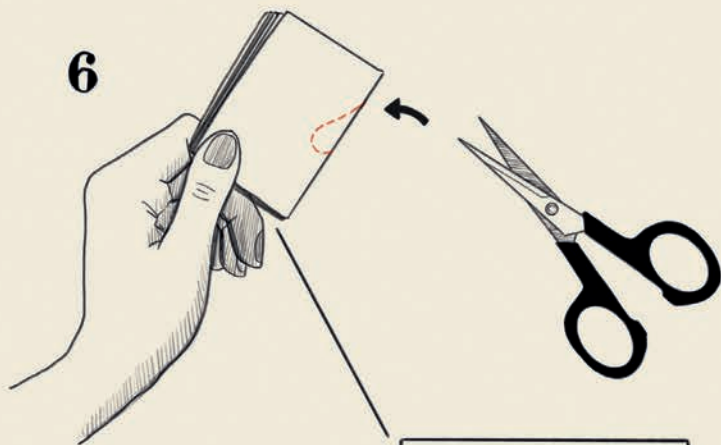
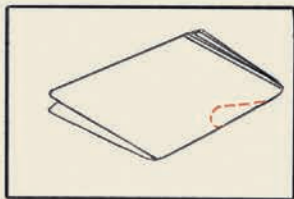
Alisa miró a su alrededor para intentar descubrir qué decir en función del juego que fuera a presentar Marlowe, porque lo cierto era que no sabía nada al respecto. Y Alisa quería ayudar a sus compañeros de profesión. Se fijó en uno de los veladores donde tenían el material mágico y vio unas tijeras sobre un folio en blanco. Entonces creyó entender lo que debía hacer.

—Siento ese poder. Gracias, Madame Fray. Ahora me concentraré, por supuesto, pero necesito la ayuda de un amigo que me está viendo y vigilando constantemente, lo está haciendo ahora mismo y es él quien debe decirme qué carta es la elegida. Ah, por cierto, ese amigo es invisible, claro —dijo Alisa, sonriente pero segura. Aun así, parte del público soltó una carcajada ante el aparente disparate.

De nuevo, como hiciera en el portal, Alisa miró hacia arriba como dirigiéndose a una entidad superior.

—Ahora, es tu turno, tienes que ayudarme. Tú, sí, tú que me estás viendo y siguiendo como si yo fuera el personaje de un libro. De ti depende mi éxito o mi fracaso. Es hora de que volvamos a colaborar. Corre, necesito que cojas unas tijeras y un folio, solo eso. Venga, es fácil —susurró Alisa dirigiéndose a un techo de enormes focos de colores.

»Bien, ¿ya lo tienes? Genial, has tardado un poco, pero bueno, está bien. Recuerda que el tiempo ahí donde tú estás no tiene nada que ver con este en el que estoy yo. Así que la próxima vez espabila. Lo que tienes que hacer es muy fácil, no te preocupes porque lo vas a hacer muy bien. Fíjate, yo voy a pensar en unos dibujos que podrían ayudarte, y esos dibujos se te aparecerán y te irán guiando. Míralos, obsérvalos bien, y sigue los pasos de forma ordenada y sin saltarte ninguno. Y cuando hayas acabado me dices la carta que te ha dado como resultado. ¿Lo has entendido? Vale, creo que he notado cómo asentías con la cabeza. ¿A que sí? Pues, adelante, cuento contigo.

1**2****3****4****5****6****7**

» ¿Ya está? ¿Ya has hecho el corte? ¡Bien! Ahora despliega bien el papel. Desdóblalo hasta que quede de nuevo del tamaño del folio original. ¡Perfecto! Y ahora dime, ya que no puedo verte: ¿qué carta te ha salido? ¡¿Cómo?! No me vale que lo pienses, necesito que me digas la carta en voz alta. ¿Qué pasa, no estás solo y te da vergüenza? Te recuerdo que yo estoy aquí hablándole al techo ante más de cien personas y no me quejo, así que déjate de remilgos y dime la carta en voz alta. ¡Espera! Me ha parecido oír el ocho de corazones.¹ ¡Eso es! ¡Lo has hecho muy bien! ¡Muchas gracias! Ah, importante, no tires ni te deshagas del folio que has usado, consévalo cerca. Por si acaso nos hace falta. Y tú también, por supuesto, sigue ahí, que igual te necesito de nuevo.

Kellar no dejaba de mirar al mismo techo y en la misma dirección que aquella muchacha que se desenvolvía estupendamente encima de un escenario. De no haber sabido con certeza que ella no tenía nada que ver con el caso que le había llevado hasta allí, habría dudado de su complicidad.

—¡El ocho de corazones! —exclamó con fuerza Alisa.

—¡Muchas gracias, Alisa, por tu mágica ayuda! ¡La carta que Alisa cree que tiene el señor del sombrero es el ocho de corazones! —repitió el mago mientras invitaba a Alisa a bajar del escenario, cosa que esta hizo muy rápido para volver a perderse en el fondo oscuro de la sala.

Kellar sabía que había llegado el momento de acabar con todo aquel teatrillo de magia y engaño. Haciéndose el interesante, pues no sabía disimular, se acercó sin llamar la atención a la mesa alta donde reposaba la caja que antes había utilizado Madame Fray para sus adivinaciones. Tanto la mesa como la caja ocupaban ahora el centro de la escena. Kellar se puso a su lado sin darle importancia e hizo el amago de extraer la carta del bolsillo superior de su chaqueta. El señor del

1. Si al cortar no te da como resultado el ocho de corazones o el folio se ha roto, algo hemos hecho mal. Coge otro folio y sigue al pie de la letra los dibujos.

sombrero se sabía el centro de la atención de toda la sala. Mantuvo la expectación unos segundos, pero lo único que hizo fue sacar media carta para echarle un vistazo. Inmediatamente y ante la expectación general la devolvió al bolsillo y negó con la cabeza.

El mago dio un respingo y la ayudante miró inquisitiva a Marlowe, mientras Alisa abría los ojos perpleja ante el supuesto fallo.

—¡No le creo! ¡Muestre la carta, caballero! —exigió el mago a Kellar.

—¡Si la muestro ya no la podrán adivinar usted y su ayudante! Tiene que fiarse de mi palabra. No es el ocho de corazones —replicó Kellar.

—¡Está usted mintiendo! ¡Solo quiere arruinarnos el *show*! ¡Lo lleva intentando toda la noche! —gritó Marlowe fuera de sí.

—Si yo miento, ustedes también, y llevan haciéndolo toda la velada. Pero si solo fuera mentir no importaría, porque al ser magos se les presupone. Pero es que a esto hay que sumarle el acto delictivo del robo más descarado llevado a cabo sobre un escenario —apuntó el investigador con cierta satisfacción.

—¡Se ha vuelto loco, señor mío!! ¡¡Seguridad, seguridad!! ¡Saquen a este chiflado de aquí! —gritó de nuevo el mago.

El personal del local ni se inmutó. De repente Kellar sujetó por un extremo la caja que ocupaba el centro de la escena, la levantó sobre la mesa y, girándola, la volcó sobre ella. La sacudió violentamente para provocar la caída de su contenido. Sobre la mesa golpeó un collar muy hermoso formado por una hilera de rubíes y diamantes que era clavado al de la adinerada señora de la primera fila. Madame Fray se llevó las manos a la boca en un gesto de absoluta desesperación. Marlowe se quedó congelado, petrificado, contemplando cómo su estafa mágica había sido descubierta.

—Vaya, vaya, este es el verdadero truco del Gran Marlowe, señores míos. Un robo camuflado entre el prodigio y el asombro de la magia. Muy hábil e inteligente, Marlowe, ¿o debo llamarle Ramón?, y a la vista de todos. No le quito mérito. Seguramente pasarían días hasta que la



ilustre dama se percatase del cambio del collar. He de reconocer que la copia está muy lograda. Pero también le digo que el método era demasiado obvio, quizá ahí radique su talento —dijo Kellar.

—¿Quién ha sido? ¿Quién me ha delatado? ¡Dígamelo, por favor! —preguntó el mago, cabizbajo.

—Otra gran incógnita. Ni yo mismo lo sé a ciencia cierta, pero deduzco que han sido los suyos. Lo sabían, ellos sabían que el Gran Ramón llevaba tiempo haciendo que la magia no fuese para ilusionar al crédulo, sino para estafar al ignorante —concluyó Kellar.

Tras el escenario y al fondo de la sala, aparecieron de inmediato cuatro policías que detuvieron al Gran Marlowe y a su menuda ayudante. Un quinto, que aunque vestía de paisano respondía al cargo de comisario, se acercó a Kellar y le estrechó la mano. En ese instante y por sorpresa, el público rompió a aplaudir de forma espontánea. El comisario reaccionó y se apartó, dejando que su compañero se llevara la cerrada ovación. Kellar no se inmutó, se cubrió la testa con el fedora y bajó rápido del escenario. Enseguida había desaparecido del lugar. El comisario mandó callar al respetable y pidió que las luces de la sala se encendieran por completo. Alisa ya no estaba al fondo, también había desaparecido.

—Presten atención, por favor. Siento que el espectáculo haya acabado así, la magia es sin duda maravillosa, pero en las manos equivocadas puede ser un arma muy peligrosa. Y recuerde, señorita, que el mérito de que hoy no haya sido vilmente robada se lo debe al señor borde, arisco e impertinente del sombrero. Pero que también es, sin duda, el más efectivo detective privado de esta ciudad: el señor Héctor Kellar.